La estampilla que tapaba un río

Por Shyvirelle

La postal tenía una montaña dibujada en tinta verde y el nombre de un pueblo que no figuraba en ningún mapa que Alma conociera: Alto Vela. En el reverso, la letra pequeña de su abuela decía: «Por fin llegamos a la isla. El cruce fue corto, aunque desde aquí parece que el río no termina nunca».

Alma leyó la frase tres veces. Alto Vela estaba en las montañas. Lo decía el dibujo, lo confirmaba el viejo mapa doblado que había encontrado en la caja y lo recordaba su madre: una cuesta con tejados de pizarra, una estación de autobuses y una sola calle comercial. Nadie hablaba de islas allí.

Las cinco postales habían aparecido después del entierro de Elisa, guardadas dentro de una lata de galletas. Ninguna llevaba dirección ni matasellos. Eran recuerdos comprados en un viaje que su abuela nunca había contado con detalle. Según el tío Damián, Elisa había desaparecido cuatro días de casa cuando era joven, y había regresado sin dar explicaciones. Él lo decía como quien guarda una acusación bajo la mesa y espera que alguien la recoja.

—Quizá fue a ver a alguien que no debía —aventuró, mientras Alma ordenaba los papeles.

La postal de Alto Vela parecía darle la razón: una isla que no estaba en el pueblo y una frase de llegada escrita como si fuera una coartada. Pero Alma conocía el hábito de su abuela. Elisa no salía de una panadería sin guardar el ticket dentro de la bolsa correcta. Si había conservado cinco postales, se habría tomado el trabajo de ponerlas en orden.

Las extendió sobre la mesa. Todas mostraban paisajes de una región que la familia llamaba la Comarca de las Lomas. El primer anverso representaba un mirador sobre tejados oscuros. El segundo, un muelle al pie de una pendiente. El tercero, una barca entre juncos. El cuarto, una casa blanca detrás de moreras. El quinto, un farol encendido junto al mismo muelle, ya de noche.

En el reverso de cada una aparecía una breve anotación. La de los tejados decía: «Teresa compró pan al llegar; después seguimos las tres escaleras hasta el agua». La del muelle: «Esperamos al barquero. Del otro lado ya se veía el techo claro». La de la barca: «Teresa no soltó la bolsa mientras atravesábamos el remanso». La de la casa: «Eva abrió antes de que llamáramos. Su hijo llevó las tazas al patio». Y la del farol: «Volvimos al muelle con luz prestada. Esta vez Teresa no quiso esconder la foto».

Alma las ordenó del mirador al farol. Eran casi una historia, pero faltaba algo: ¿por qué Elisa había escrito «llegamos a la isla» detrás de una vista que llevaba impreso Alto Vela?

Se fijó en la segunda postal. El paisaje panorámico estaba dividido por un río fino que bajaba de las montañas hacia un lago. En el margen inferior se leía «Alto Vela», igual que en la postal de los tejados. Sobre la franja donde el río debía desembocar alguien había pegado una estampilla ornamental de color rojo. No era un sello de correos: no tenía precio, país ni dentado regular. Era de las que vendían los quioscos para decorar álbumes, con una hoja de morera en relieve.

Alma intentó despegarla y se detuvo. El papel se resistió. Su abuela no había pegado recuerdos sin motivo; destruirlo no le daría ninguna respuesta.

Sacó el mapa de la lata. Un trazo azul descendía desde Alto Vela por la garganta del río Lirio. En el borde inferior del mapa había un lago, y en medio del lago, dibujada casi como un lunar, una isla: Morera. A un lado se leía «Muelle de Alto Vela». El nombre de la postal no señalaba el destino de quien viajaba en barca. Era el lugar desde donde partía.

—No es una isla en la montaña —dijo Alma para sí—. Es una isla después del río.

Se lo mostró a su madre, Clara, que estaba envolviendo una vajilla en el comedor.

—El río baja al lago —explicó—. Esta estampilla tapa justo el tramo donde llegan las barcas. Si miras solo el nombre impreso, crees que la isla está en Alto Vela.

Clara acercó la vista a la segunda postal.

—Tu abuela siempre pegaba esas hojas de morera —dijo—. Se las regalaba una mujer que vivía cerca del lago.

—¿Quién?

—No lo sé. De niña pensé que era una vecina.

Alma volvió a mirar el reverso. Bajo la primera frase, en tinta más clara, encontró una línea que había pasado por alto: «Si hay alguien preguntando, di que salimos del muelle; no digas que Alto Vela es la isla». La inscripción no ocultaba un nombre: corregía precisamente la confusión que ahora las tenía sentadas frente a la mesa.

El tío Damián vino por la tarde y escuchó el recorrido sin interrumpir. Cuando Alma enseñó el reverso, se encogió de hombros.

—Habrá escrito eso para despistar.

—O para que alguien no se perdiera —respondió ella—. Si iba a esconder un viaje, ¿por qué conservar cinco tarjetas que lo cuentan paso a paso?

Damián hizo un gesto cansado. Llevaba décadas repitiendo una versión de la ausencia de Elisa y no sabía qué hacer con una historia que exigía menos sospecha.

Alma examinó la postal de la casa blanca. En una esquina del dibujo se veía una cerca con una sola tabla nueva. En el reverso, después de la frase sobre Eva y las tazas, había otra anotación: «Clara habría reído al ver que las dos tenemos la misma mancha en la muñeca». Clara levantó de inmediato su mano izquierda. Cerca del pulgar tenía una marca de nacimiento pálida, con forma de grano de arroz.

—Mi madre tenía una igual —dijo Clara—. Nunca me contó nada de Eva.

—¿Nunca habías oído el nombre? —preguntó Alma.

—Una vez, en una discusión con el abuelo. Pensé que hablaban de una vecina.

Clara buscó en una caja de fotografías familiares. Encontró una imagen pequeña de dos niñas sentadas sobre una piedra. Una llevaba un vestido claro, la otra una cinta oscura en el cabello. Detrás, una mano adulta había escrito: «Mis hijas, Elisa y Eva. Verano de las dos moreras».

De pronto las postales parecieron menos secretas. Teresa había acompañado a Elisa a conocer a una hermana que llevaba años lejos; la visita había sido torpe, emocionante y lo bastante breve como para necesitar una barca de ida y vuelta. La hermana había puesto tazas en una mesa. Su hijo había ayudado. Alguien había sacado una fotografía que Elisa, al volver, no supo cómo enseñar.

—¿Por qué no lo contó? —preguntó Alma.

Clara sostuvo la foto por los bordes.

—No sabemos qué ocurrió entre ellas antes de ese día. Tampoco sabemos si pensó contármelo y después le faltó valor. Pero eso no vuelve clandestino el viaje.

Alma tomó cinco sobres nuevos, sin pegamento, y guardó cada postal junto a una nota con el lugar que mostraba: el mirador de Alto Vela, el muelle sobre el Lirio, la barca camino de Morera, la casa de Eva y el regreso al farol. Puso la postal del río en segundo lugar, con la estampilla intacta. En el sobre escribió: «El nombre impreso indica la partida, no el destino».

Damián, antes de irse, pidió ver la fotografía de las dos niñas. La miró un rato y no volvió a mencionar el viaje oculto. En cambio, preguntó si había alguna manera de averiguar qué había sido de los descendientes de Eva.

Alma dejó la lata abierta sobre la mesa. Pensó que su abuela no había dejado una confesión. Había dejado instrucciones de regreso: un recorrido en cinco imágenes para que, algún día, alguien llegara a la puerta correcta sin confundir el principio del río con el final del camino.